



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
México

Albertani, Claudio

ANTONIO NEGRI, IMPERIO Y LA EXTRAÑA TRAYECTORIA DEL OBRERISMO ITALIANO

Bajo el Volcán, vol. 3, núm. 6, primer semestre, 2003, pp. 169-199

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600611>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ANTONIO NEGRI, IMPERIO  
Y LA EXTRAÑA TRAYECTORIA DEL OBRERISMO ITALIANO

Claudio Albertani

RESUMEN

Imperio de Antonio Negri y Michael Hardt es un intento ambicioso de explorar la nueva configuración del sistema capitalista introducida por la globalización neoliberal y replantear las categorías fundamentales de la política que nos lega la modernidad. ¿Contribuye el libro a una mejor comprensión del mundo actual? ¿Qué alcance tiene para la reconstrucción de una teoría radical de la sociedad? ¿Qué es el “marxismo autonomista”?

ABSTRACT

Antonio Negri and Michael Hardt's *Empire* is an ambitious attempt to explore the new configuration of the capitalist system introduced by neo-liberal globalisation, and to re-pose the fundamental categories of the politics which we inherit from modernity. Does the book contribute to a better understanding of the present-day world? What implications does it have for the reconstruction of a radical theory of society? What is autonomist Marxism?

Imperio<sup>1</sup> de Antonio Negri y Michael Hardt es, junto al libro de Manuel Castells sobre el nacimiento de la sociedad en red, el intento más ambicioso de interpretar la nueva realidad mundial posterior al derrumbe del bloque soviético.<sup>2</sup> Ambos textos desembocan en una suerte de legitimación implícita del nuevo orden.

La tesis central de *Imperio*, enunciada desde las primeras líneas y repetida continuamente de manera casi obsesiva, es la siguiente: con el surgir de la globalización y la crisis del Estado-Nación emergen nuevas formas de soberanía y un nuevo sistema social, el “imperio”, cuyos atributos es preciso estudiar. En el nuevo sistema Estados Unidos ocupa un

lugar importante pero no central, sencillamente porque el imperio no tiene centro, es un no-lugar sin límites, descentrado y desterritorializante que se apropia de la totalidad de la vida social. Ninguna frontera puede limitar su poder ya que es “un orden que, suspendiendo la historia, cristaliza el estado de cosas presente por la eternidad”.<sup>3</sup>

De tales afirmaciones resulta que el imperio no coincide con el sistema imperialista de Estados soberanos en competencia entre ellos. A diferencia de éste, aquel no tiene centro ni periferia, tampoco “dentro” ni “fuera”, lo cual implica que no se puede pensar más en las viejas divisiones entre el Primer y el Tercer Mundo, ni en una guerra de carácter imperialista. Negri y Hardt admiten, por cierto, la existencia de contradicciones interimperialistas, pero sostienen que éstas no se pueden reducir a los mecanismos clásicos.

¿Y las clases sociales? En el imperio no hay proletariado, ni mucho menos campesinos. Lo que sí hay es un sujeto revolucionario nuevo y misterioso: la multitud (en singular, como el espíritu santo), cuya existencia es celebrada –mas no precisada– desde la introducción.

Frente a estos preámbulos, el lector crítico tiene diferentes opciones. La primera es, desde luego, abandonar la empresa de adentrarse en un texto tan abstruso. Otra es armarse de paciencia y escudriñar palabra por palabra, argumento por argumento, las 360 páginas (más 60 de notas) que siguen a la introducción.

Es lo que pretende Atilio Boron quien, ensombrecido por las extravagancias de Negri y Hardt, les consagra un libro entero.<sup>4</sup> Si bien esta opción tiene la no despreciable ventaja de proporcionar al lector un cuantioso (mas no exhaustivo) inventario de las tonterías de Imperio, Boron no da en el clavo porque clasifica a nuestros autores como posmodernos, cuando la verdad es que, tras el lenguaje foucaultiano (biopoder, biopolítica), o deleuziano (desterritorialización, nomadismo), la argumentación permanece anclada en el marco del llamado obrerismo italiano, corriente a la que Negri se adhirió en los años sesenta, y de la cual nunca ha renegado.

No me parece una impugnación de las “grandes narraciones” ni tampoco una sensibilidad posmoderna, atenta a percibir la singularidad de los sucesos, la que modela Imperio, sino una voraz y hegeliana voluntad

totalizadora. Críticos a la vez de la modernidad y de las posmodernidad, los autores se ubican en algún éter teórico “posmarxista”. Una lectura crítica, en lugar de rebatir punto por punto las tesis del libro –en ocasiones francamente delirantes– puede optar por explorar los orígenes del marco que las sostiene.

El intento no parece totalmente ocioso ya que, después de Estados Unidos y Europa, el arsenal ideológico de Negri y Hardt está ahora invadiendo América Latina. No se puede comprender *Imperio* si no se conocen, al menos en sus rasgos fundamentales, los aciertos y tropezones del obrerismo italiano.

En días lejanos esta corriente hizo contribuciones innegables a la reconstrucción de la práctica revolucionaria y de la teoría radical. Su interpretación del marxismo marcó una época del conflicto social en Italia, pero existe bastante confusión sobre sus verdaderos hitos. En la literatura de lengua española, por ejemplo, se habla de un “marxismo autonomista” y en la inglesa de “autonomist marxism”, términos que evocan la idea de una “autonomía” de los movimientos sociales con respecto a las organizaciones y partidos políticos, lo cual, al menos en el caso de Antonio Negri y Mario Tronti –los dos autores más conocidos fuera de Italia–, está lejos de corresponder a la verdad.

#### ÉRASE UNA VEZ LA CLASE OBRERA

La corriente marxista que en Italia se conoce como “obrerismo” nació a principio de los años sesenta alrededor de las revistas *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia*.<sup>5</sup> En esta época, Italia vivía el final del capitalismo agrario y el milagro económico. Eran los años sombríos de la Guerra Fría y el país padecía tanto las ingerencias de Estados Unidos como las de Moscú. Tras un semblante amenazador el Partido Comunista Italiano (PCI) aceptaba, de buena gana, las reglas del juego que implicaban su permanente alejamiento del poder central, a cambio de (reducidas) cuotas de poder local.

La figura pujante en las luchas sociales era el “obrero profesional”, es decir, aquel trabajador que todavía ejerce cierto control sobre el proceso productivo, es poseedor de un importante acervo de conocimientos técni-

cos, y piensa poder administrar la empresa mejor que el patrón. En Italia éste era un sujeto dotado de una fuerte memoria histórica y una marcada conciencia antifascista, que declaraba con orgullo: “pertenezco a la nacionalidad obrera”.<sup>6</sup>

La cosas no tardaron en cambiar. El éxodo del campo, el despegue industrial, el aumento del sector terciario y la difusión del consumo masivo, modificaron profundamente la estructura social del país. Aunque siempre habían existido estratos de obreros no calificados, las industrias del norte empezaron a requerir cantidades crecientes de mano de obra barata para impulsar el desarrollo de los sectores automotriz y petroquímico. La producción se fragmentó y, con la difusión de la cadena de montaje, surgió una nueva generación de jóvenes emigrantes procedentes del sur, que no tenían la cultura política ni los valores de la resistencia. Vivían una situación particularmente difícil, pues la sociedad local no los aceptaba y el sindicato desconfiaba de ellos. Pronto, sin embargo, serían protagonistas de importantes movimientos de protesta.

La reflexión de Quaderni Rossi, cuyo primer número salió en 1961, se centró en el análisis de esta realidad abigarrada. La revista se publicaba en Turín, ciudad de la FIAT y centro neurálgico de las nuevas formas de organización del trabajo. Su director, Raniero Panzieri, era un ex dirigente del Partido Socialista de tendencia luxemburguiana que mantenía relaciones con la izquierda internacional no stalinista.

Panzieri quería emancipar el marxismo del control de los partidos políticos, y asumir un “punto de vista obrero” intentando una lectura de Marx a partir de la lucha de clases.<sup>7</sup> Su atención se concentró en la planificación; entendía el capital en cuanto poder social y no solamente como propiedad privada de los medios de producción. El Estado ya no era simplemente el garante, sino el organizador de la explotación que actuaba directamente en la producción.

Encontró en la cuarta sección del tomo I de *El Capital*, los conceptos de “mando capitalista”, “obrero social” (“trabajador colectivo”, en la traducción española que consulté<sup>8</sup>), y “antagonismo”, que quedaron después en el acervo teórico del obrerismo.

Fue, además, de los primeros en estudiar obras hasta entonces casi

desconocidas de Marx, como los Grundrisse (en particular el fragmento sobre la maquinaria) y el Capítulo Sexto Inédito, recuperando el concepto fundamental de “crítica de la economía política” y las categorías de “sumisión formal” y “real” del trabajo al capital.<sup>9</sup>

Mientras la izquierda oficial se empantanaba en el desarrollismo, Panzieri estudiaba el entrelazamiento de técnica y poder, llegando a la conclusión de que la incorporación de la ciencia en el proceso productivo es un momento clave del despotismo capitalista (y de la organización del Estado).

De esta manera, Panzieri realizaba una inversión del marxismo ortodoxo –una verdadera revolución copernicana– y abría el camino a la crítica de las ideologías sociológicas y organizativas norteamericanas que él comprendía como técnicas destinadas a neutralizar las luchas obreras.<sup>10</sup> Más que otros, este autor prematuramente desaparecido (murió en 1964), intentó construir un pensamiento político distinto del comunista, emancipándose del esquema del “intelectual orgánico”, donde el intelectual que se dice orgánico a la clase sólo es orgánico al partido.

Otro personaje importante de esta primera fase fue Romano Alquati, quien se dio a la tarea de emprender investigaciones empíricas en las fábricas empleando el método de la “encuesta participativa” (en italiano: *conricerca*) lo cual implicaba un encuentro de igual a igual entre investigadores e investigados –es decir, entre intelectuales y obreros– en la búsqueda de una liberación común.

Alquati nombró “obrero-masa” (en inglés, *unskilled worker* o *mass production worker*) al nuevo sujeto político: el trabajador emigrante no calificado y totalmente separado de los medios de producción que estaba suplantando al obrero profesional.

El obrero-masa era la concreción de tres fenómenos paralelos: 1) el fordismo, o sea, la producción masiva y la revolución del mercado; 2) el taylorismo, es decir, la organización científica del trabajo y la cadena de montaje; y 3) el keynesianismo, o sea, las extensas políticas capitalistas que llevaron a la construcción del Estado del bienestar. El conjunto de tales medidas expresaba la respuesta del capital al “asalto al cielo” obrero de los años diez-veinte del siglo XX.

Los obreristas pensaban que las grandes transformaciones fordistas ya se habían llevado a cabo también en Italia, y que en ese momento se estaba gestando la etapa del “rechazo del trabajo”, o sea, aquel extrañamiento total del obrero con respecto a los medios de producción, que desemboca en el “ausentismo” y en un cuestionamiento más radical del mecanismo de explotación.

Desde este punto de vista, la historia de la clase obrera aparecía como una formidable novela épica en donde las grandes transformaciones productivas, desde la Revolución industrial hasta la automatización, correspondían la progresiva realización del más viejo sueño de la humanidad: liberarse de la fatiga.

Tal enfoque se apartaba radicalmente de la ética del trabajo, caballo de batalla del PCI. Según Sergio Bologna, “Quaderni Rossi trituró la hegemonía en las prensas de Mirafiori”, es decir, se alejó del pensamiento del fundador del partido, Antonio Gramsci.<sup>11</sup>

En mi opinión, la relación era más compleja: los obreristas no amaban el historicismo del fundador del PCI pero apreciaban las notas sobre “Americanismo y Fordismo”, donde Gramsci bosquejaba la transición hacia las nuevas formas de dominación capitalista.

Pronto, maduró la certeza de que el fenómeno de la migración interna tendía a volver obsoletos los antiguos desequilibrios entre norte y sur (eje de las preocupaciones de Gramsci). Y esto no porque el capitalismo italiano los había resuelto sino, al contrario, porque la “cuestión meridional” en ese momento se estaba extendiendo a todo el país y, en particular, a las fábricas del norte, donde se venía acumulando la rabia de este nuevo proletariado.

Un indudable acierto de estos autores fue la elaboración del concepto de “composición de clase”. Así como en Marx la composición orgánica del capital expresa una síntesis de composición técnica y de valor, para los obreristas la composición de clase remite a un nexo entre rasgos técnicos “objetivos” y rasgos políticos “subjetivos”. La síntesis de los dos aspectos determina el potencial subversivo de la luchas, y esto permite enmarcar la historia en periodos, cada uno caracterizado por la presencia de una figura “pujante”.

En cada momento, el capital responde a una determinada composición de clase con una reestructuración a la que sigue una recomposición política de la clase, o sea, el surgimiento de una nueva figura pujante.<sup>12</sup> Asimismo, las diferentes expresiones de esta recomposición favorecen una “circulación de las luchas”.

Una primera manifestación de la nueva composición se había observado en el verano de 1960 cuando, en ocasión de una convención del partido neofascista (que entonces participaba en un gobierno de centro-derecha) a celebrarse en Génova, una serie de violentas manifestaciones había sacudido ésta y otras ciudades del país. Hubo varios muertos, casi todos jóvenes, y la prensa habló despectivamente de “una revuelta de rockeros criminales” (teddy-boys, según la expresión entonces de moda) pero, en una crónica escrita por un autor cercano al obrerismo, leemos que “los hechos de julio son la manifestación de clase de la nueva generación crecida en el clima de la posguerra [...]” Una generación que “está fuera de los partidos”.<sup>13</sup>

En 1962 explotó el caso FIAT. Al vencerse los contratos de trabajo del sector automotriz, la corporación se encontró en el centro de un grave conflicto laboral que desembocó en los violentos enfrentamientos de Piazza Statuto (7, 8 y 9 de julio). Acusados de firmar contratos-burla, los sindicatos oficiales se vieron desplazados por decenas de miles de obreros en huelga que protagonizaron una verdadera revuelta urbana. La policía no pudo retomar Piazza Statuto sino hasta tres días después, y sólo gracias a refuerzos llegados de otras ciudades. Otra vez los protagonistas eran, en gran parte, jóvenes y meridionales.

El PCI se deslindó inmediatamente, denunciando a los insurrectos como “provocadores fascistas”. Era el amanecer de una nueva etapa de la historia italiana: mientras las prácticas y los tiempos del enfrentamiento de clase cambiaban rápidamente, aumentaba la distancia entre la izquierda histórica y los movimientos contestatarios.

La discusión en *Quaderni Rossi* fue muy viva y en 1963 sobrevino una primera ruptura. Si bien había acuerdo en valorar los potenciales revolucionarios de la nueva situación, también existían serias discrepancias sobre los pasos a dar. Mientras Panzieri era muy cauteloso, otros querían ac-

tuar. En 1964, fundaron *Classe Operaia*, “periódico político de los obreros en lucha”. Además de la investigación teórica, el grupo se proponía consolidar la red de relaciones y contactos madurados en los años anteriores.

#### LAS PARADOJAS DE MARIO TRONTI

Firmado por su director, Mario Tronti, el editorial del primer número, de *Classe Operaia*, “Lenin en Inglaterra”, trazaba el camino a recorrer: “una nueva época de la lucha de clases está por comenzar. Los obreros la impusieron a los capitalistas con la fuerza objetiva de su fuerza de fábrica organizada [...] La clase obrera conduce e impone cierto tipo de desarrollo del capital [...] Es necesario un nuevo comienzo”.<sup>14</sup>

Pensador controvertido y paradójico, Tronti estaba convencido de que la reciente intensificación de las luchas obreras abría la posibilidad de una transformación revolucionaria. Pero, en lugar de confiar –como Panzieri– en la espontaneidad de las masas, él creía más bien en el partido.

Sus ideas encontraron una formulación acabada en 1966 con la publicación de *Operai e capitale* (Obreros y capital), un libro salpicado de intuiciones brillantes e imágenes sugestivas que condensa las miserias y esplendores de esta segunda etapa del obrerismo.

Mientras en otras partes, los neomarxistas se enfrascaban en interminables diatribas sobre las teorías de la crisis y el derrumbe del capitalismo por causa de sus propias contradicciones, Tronti afirmaba la centralidad política de la clase obrera, destacaba el factor subjetivo y proponía un análisis dinámico de las relaciones de clase. La fábrica ya no era el lugar de la dominación capitalista, sino el corazón del antagonismo.

Su planteamiento volteaba la tradición reformista: la lucha por el salario era considerada una lucha inmediatamente revolucionaria si lograba doblegar el poder del capital. La crisis no era entendida como el producto de abstractas contradicciones intrínsecas, sino como consecuencia de la capacidad obrera de arrebatar ingresos al capital.

El discurso de Tronti se concentraba en las tendencias, lo cual en adelante sería una constante del pensamiento obrerista: construir un modelo teórico que permita anticipar el sentido de las cosas. Por eso había que

colocar a “Marx en Detroit”, es decir, estudiar los comportamientos del proletariado en el país más avanzado, donde el conflicto asumía la forma más pura.

El enfoque podría ser atractivo pero las propuestas prácticas eran francamente decepcionantes:

[...] la tradición de organización de la clase obrera norteamericana es la más política del mundo, porque la carga de sus luchas es la más cercana a la derrota económica del adversario, la más próxima no a la conquista del poder para construir otra sociedad en el vacío, sino a la explosión del salario para reducir al estado subalterno al capital y a los capitalistas dentro de esta misma sociedad.<sup>15</sup>

¿Derrota del adversario? ¿En Estados Unidos? No, añadía Tronti, de todos modos “la pura lucha sindical no puede salirse del sistema [...] se necesita una organización de tipo leninista”.<sup>16</sup>

Más interesante era el análisis de la relación entre fábrica y sociedad: “en el nivel más alto del desarrollo capitalista, la sociedad entera se vuelve una articulación de la producción, es decir, toda la sociedad vive en función de la fábrica y la fábrica extiende su dominio a toda la sociedad”.<sup>17</sup>

Contra la interpretación de que la extensión del sector terciario significaba un debilitamiento de la clase obrera, Tronti sostenía que, con la generalización del trabajo asalariado, un número cada vez mayor de personas se estaba proletarizando, lo cual ampliaba en lugar de reducir el antagonismo.

Aunque *Obreros y Capital* se volvió una referencia obligada para los militantes del 68, es curioso saber que su autor nunca salió del PC y que en la actualidad sigue siendo miembro del poscomunista Partido Demócrata de Izquierda. Es más: recientemente Tronti explicó que la interpretación izquierdista de su libro había sido el fruto de una lamentable equivocación: “jamás he sido espontaneista. Siempre pensé que la conciencia política tenía que venir del exterior...”<sup>18</sup>

Aun así es claro que en los años sesenta Tronti y los obreristas abrieron un frente contra la tradición nacional popular de la izquierda italiana

que abarcaba no sólo la política sino también la cultura: filosofía, literatura, cine y ciencias humanas. Proveyeron, asimismo, una primera respuesta a las teorías de la “dominación total” que privaban incluso en la izquierda crítica.

Del libro me parece actual la crítica del logos técnico-productivista tanto marxista como liberal y la idea –ya adelantada por Panzieri– de que el conocimiento está relacionado con la lucha, que no es neutral, sino partidista.<sup>19</sup> De tal manera, que Obreros y Capital queda como un intento serio y, al mismo tiempo, fracasado de renovación del marxismo.

Su “subjetivismo” expresó una rebeldía contra el “objetivismo” del marxismo vulgar e, incluso, de la Escuela de Frankfurt (con la salvedad de Marcuse). Tronti percibió el “plan” del capital de controlar la sociedad en su totalidad, pero, a diferencia de Adorno, lo interpretó como una estrategia para contener las protestas obreras.

Este subjetivismo fue, al mismo tiempo, la fuente de muchos errores. El más grave es que Tronti pensaba que la lógica del desarrollo capitalista no es la extracción de ganancia, sino la combatividad obrera. Por cierto que este enfoque lo alejaba de Panzieri y del primer obrerismo que concebía capital y clase obrera como dos realidades antagónicas igualmente “objetivas”. Panzieri, además, no cometía el error de pensar que los aumentos salariales podían provocar la ruptura del sistema.<sup>20</sup>

Hay más. Sin que de mi parte haya un afán especial de reivindicar un marxismo “verdadero”, el planteamiento de Tronti implica, evidentemente, una lectura parcial de Marx y, peor aún, una grosera simplificación de la realidad.

Si bien es cierto que Marx escribió que la lucha de clases es el motor de la historia, su análisis se centraba en la relación social entre dos polos contradictorios: por un lado, el capital como potencia social, trabajo “muerto”, objetividad pura, espíritu del mundo; y, por el otro, el trabajo “vivo”, la clase obrera que, siendo parte y fundamento de la relación es, al mismo tiempo, su negación.

El origen de la contradicción se debe a la naturaleza doble del trabajo obrero que es al mismo tiempo trabajo abstracto, productor de plusvalía, y trabajo concreto productor de valores de uso. El problema –añadía– es

que “el valor no lleva escrito en la frente lo que es.”<sup>21</sup>

Según Marx, las antinomias entre “subjetivismo” y “objetivismo” no tienen solución en la teoría, sino en la práctica. Sólo la creación de un nuevo modo de producción –la famosa negación de la negación o expropiación de los expropiadores– las puede resolver.

En Tronti, en cambio, hay una hipóstasis del polo subjetivo. El capital se vuelve función de la clase obrera y ésta en algo así como el fundamento ontológico de la realidad. La subjetividad ya no es la fuerza concreta de individuos conscientes que se organizan para cambiar el mundo, sino una categoría hermenéutica para comprender el desarrollo del capitalismo.

¿Y lo negativo? Esfumado. Desaparecido.

Es de señalar que casi cuarenta años después, el mismo esquema vuelve a repetirse, una y otra vez, en Imperio. Aquí el subjetivismo extremo, la lectura de la historia a partir de la “potencia” obrera, se vuelve puro delirio: “de la manufactura hasta la gran industria, del capital financiero hasta la reestructuración transnacional del mercado y la globalización, es siempre la iniciativa organizada de la fuerza de trabajo que determina las figuras del desarrollo capitalista”. O también: “vivimos un momento extremadamente delicado en que la lucha de clases transforma el imperialismo en imperio”, por lo cual es necesario entender “la naturaleza global de la lucha de la clase obrera y su capacidad de anticipar y prefigurar la dirección del desarrollo capitalista hacia la realización del mercado mundial”.<sup>22</sup>

En estas y en muchas otras oraciones, la dialéctica obreros-capital se esfuma en la apología de un presente sin contradicciones. Si los obreros son tan fuertes y poderosos: ¿por qué habrían de hacer la revolución?

#### RUPTURAS

La principal función de Clase Operaia fue impulsar la articulación de diversos grupos locales que trabajaban sobre el tema de las fábricas en varias partes del país. El grupo, sin embargo, no tuvo vida larga ya que se disolvió a finales de 1966. ¿Por qué? En una reunión celebrada en Florencia hacia finales de 1966, Tronti, Negri y otros se plantearon un gran viraje político. El tema central era la relación clase-partido: la clase encarnaba la estrate-

gía y el partido la táctica. El problema era que si la primera conocía muy bien su tarea demoledora, el segundo estaba perdiendo el rumbo.

En esta situación, más que echar leña al fuego de las protestas obreras, había que hacer entrismo en los sindicatos y sobre todo en el PCI. La idea era formar una dirigencia obrera para ensartarla como cuña (ésta era la palabra) en el partido y modificar sus equilibrios internos.

Cabe señalar que hasta entonces el obrerismo había sido un laboratorio colectivo, una suerte de red informal conformada por intelectuales, sindicalistas, estudiantes y revolucionarios de varias tendencias que tenían en común una sensibilidad antiburocrática, y el descubrimiento de un nuevo universo obrero en conflicto.

Por cierto que, salvo en el caso de Tronti, la cuestión del leninismo no se había enfrentado abiertamente. Se aceptaba al Lenin que había captado la convergencia entre crisis económica, crisis política y disponibilidad obrera a la autonomía, mas no se tocaba la cuestión del partido.

Una tendencia que podemos definir libertaria, integrada por militantes de Génova y Turín, no aceptó el entrismo considerando que las fuerzas subversivas se estaban agrupando fuera de la lógica partidista o sindical. Encontraron una fuente de inspiración en el comunismo consejista, en los anarquistas españoles, y en Amadeo Bordiga. En los años sucesivos compartieron las posiciones de Socialisme ou Barbarie, y de la Internacional Situacionista, rompiendo definitivamente con toda pretensión de “dirigir” el movimiento.

Una tendencia más, encabezada por Sergio Bologna, intentó atenerse al obrerismo original, regresando al trabajo de hormiga en la FIAT y en algunas fábricas de Lombardía.

De tal manera que el viraje propuesto por los entristas no funcionó. En palabras del propio Tronti: “no pudimos llevar a cabo el círculo virtuoso entre lucha, organización (no autoorganización) y posesión del terreno político”.<sup>23</sup>

Al mismo tiempo, una larga secuela de hechos sobresalientes llegó a complicar el proyecto de convertir al PC al obrerismo. En 1968, la temperatura social en Italia empezó a elevarse a niveles preocupantes. Se propagaban fermentos culturales nuevos y cada vez más intensos. Los

problemas nacionales se fueron juntando con la situación internacional de finales de la década (las protestas contra la guerra en Viet Nam, el movimiento hippie, las Panteras Negras, etcétera) y se inauguró una temporada de grandes cambios.

Los primeros en moverse fueron los estudiantes que ocuparon las principales universidades del país: Trento, Milán, Turín y Roma. Empezaron cuestionando el autoritarismo universitario y terminaron haciendo la crítica del capitalismo, el Estado, la patria, la religión, la familia... Guardaban un desprecio especial para los partidos de izquierda a los que acusaban de haberse convertido en engranajes fundamentales del régimen.

A finales del 68, y sobre todo en el 69, cuando se intensificaron las protestas obreras, el sistema entró en crisis. La gran ruptura social que en otras partes se consumó en unos cuantos meses, en Italia –y en esto radica su singularidad– se extendió durante unos diez años.

Huelga decir que tal explosión de radicalidad corroboraba las más atrevidas hipótesis obreristas. La “estrategia del rechazo” se estaba volviendo realidad material y, sin embargo, Tronti pensó que no era una nueva época la que se anunciaba sino el último, desesperado empujón de un ciclo de luchas llegado a su fin.

Ahora es fácil ver en su pesimismo innegables elementos de verdad, pero entonces todo estaba en juego. De pronto, Tronti le otorgó al Estado atributos que eran una rotunda negación de todo lo que él mismo había escrito.

[Ya] no hay autonomía, autosuficiencia, autoreproducción de la crisis fuera del sistema de mediación política de las contradicciones sociales”, precisó. Traducido a un lenguaje más claro, esto quería decir que la lucha económica ya no podía ser política y que, de ser fuerza antagonista, la clase obrera se convertía en “la única racionalidad del Estado moderno” [!]<sup>24</sup>

La verdad es que para Tronti la utopía había llegado a su fin. A esto le nombró “autonomía de lo político”, una ideología de vida corta que sirvió para trasladar una parte de los obreristas a la academia oficial, y al PCI en el que fueron aceptados como arrepentidos. La creencia en una esfera

política “pura” al interior del Estado justificó para otros emprender una larga marcha dentro de las instituciones.

De manera poco gloriosa se concluía así la parábola de un trozo de los “marxistas autonomistas”. ¿Y los otros? La mayoría –entre ellos Antonio Negri– interpretó la nueva situación como la posibilidad de impulsar una política revolucionaria ya no en los partidos de izquierda sino fuera y en contra de ellos.

En 1969 hubo una multiplicación de grupos y grupitos extremistas que se proponían reproducir en Italia la estrategia bolchevique (en sus diferentes versiones: leninista, trotskista, stalinista y maoísta), es decir, crear un partido duro y puro con el objetivo de tomar el poder. Los obreristas fundaron Potere Operaio (PO) y Lotta Continua (LC), formaciones que también gravitaban en la órbita del marxismo-leninismo, aun sin ser admiradores especiales del modelo soviético (y, en honor a la verdad, tampoco del chino).

El proyecto era irreal, pero los conflictos sociales eran auténticos y a medida que los grupos subversivos iban ganando terreno, el Estado se volvía más agresivo. El desenlace fue la “estrategia de la tensión”, es decir, la serie de atentados, bombazos y asesinatos cometidos por los servicios secretos italianos entre 1969 y 1980 con la complicidad de los gobiernos en turno. No cabe la menor duda –y hay decenas de documentos que lo comprueban– de que el primero en hacer terrorismo en Italia fue el Estado y no los movimientos izquierdistas.

La historia de aquellos sucesos trágicos está fuera de los objetivos del presente texto. Aquí me limitaré a señalar tres cuestiones: 1) adoptando en 1974 la estrategia del compromiso histórico –que aspiraba a la entrada al gobierno por medio de una alianza estratégica con los demócratas cristianos– el PC se desplazó aun más a la derecha, contribuyendo de manera sustancial a criminalizar cualquier protesta; 2) esto, y las matanzas de Estado convencieron a muchos de que el único terreno practicable era el militar y que hacía falta un partido estructurado de manera vertical, jerárquica y clandestina; 3) la lucha armada fue un error de consecuencias incalculables que arrastró el movimiento a un enfrentamiento sangriento –que no podía ganar– con el Estado.

LAS DESVENTURAS DEL OBRERO SOCIAL

Es en este contexto que debemos analizar el pensamiento de quien tomó el relevo del obrerismo: Antonio Negri. Él mismo ha contado su trayectoria en varias oportunidades: familia de clase baja, estudios en la universidad de Padua con una tesis sobre el historicismo alemán, posgrados en Alemania y Francia, y una brillante carrera académica que lo ha llevado a publicar unos veinte libros, además de un sinnúmero de artículos en todo el mundo. Desde finales de los años cincuenta, al lado de la docencia, emprendió la militancia política, primero en el ambiente católico, después en el Partido Socialista y, finalmente, en el entorno obrerista.<sup>25</sup>

En la primera etapa, y hasta Clase Operaia, el aporte de Negri no fue decisivo, pero con la fundación del PO se volvió determinante. El grupo nació en el verano de 1969 en el contexto de una crisis del movimiento estudiantil, generada porque, desde el punto de vista marxista-leninista, las revueltas estudiantiles sólo tenían sentido si se subordinaban a una “hegemonía obrera”; es decir, a la línea de la organización. Era urgente, por lo tanto, construir una dirección política para encauzarlas en este sentido.

Negri impulsó la idea de construir un partido centralizado, “compartimentado” y vertical. “Nuestro análisis se fundamenta en la obra de los clásicos, de Marx, de Lenin, de Mao; no hay espacio en nuestra organización para inquietudes ni veleidades”; escribió en un texto que, ciertamente, no deja lugar a interpretaciones “autonomistas”.<sup>26</sup>

A diferencia de LC, un grupo de carácter más bien activista, el PO valoraba la elaboración teórica y ésta giraba entorno a una interpretación extremista del obrerismo originario. La subjetividad ya no radicaba en la clase, sino en la vanguardia comunista; es decir, en el PO. La tarea era centralizar y radicalizar los antagonismos espontáneos para convertirlos en acción insurreccional contra el Estado.

Otra vez el intento no dio resultados. El ciclo de luchas obreras arrancado a principio de los años sesenta comenzó una fase descendiente. Uno de sus últimos destellos fue la ocupación de la FIAT Mirafiori (en Turín) que, en marzo de 1973, cerró en Italia la época de los grandes enfrentamientos entre obreros y capital. Como legado permanecería, du-

rante largo tiempo, el Estatuto de los Trabajadores, un paquete normativo pro laboral, hoy reducido a un cascarón vacío.

En lo que quedaba de la década, los conflictos sociales no bajaron, pero su centro de gravedad ya no estaba en las fábricas. Mientras las principales formaciones extraparlamentarias entraban en crisis (el PO se disolvió en 1973, LC en 1976), nacía una constelación de pequeñas formaciones en torno al lema “tomemos la ciudad”. Algunos de estos grupos se nombraban “indios metropolitanos”, otros “proletariado juvenil”. Ocupaban viviendas, formaban centros sociales, fundaban revistas, ponían en marcha proyectos de comunicación alternativa, creaban asociaciones feministas y ecologistas.

Con base en las fábricas y en los barrios, estos grupos empezaban a dejar atrás las viejas concepciones del partido separado y del dirigismo leninista para buscar alternativas en la organización de espacios de convivencia e intercambio social autónomos de la legalidad dominante.

Negri interpretó la nueva etapa con un triunfalismo militante que era el opuesto ideológico del pesimismo de Tronti (y de su “autonomía de lo político”). No había repliegue: el rechazo del trabajo taylorista había derribado los muros que separaban la fábrica del territorio. Todo el proceso social se encontraba en ese momento movilizado en pos de la producción capitalista, aumentando así la importancia del trabajo productivo.

En esta situación, el obrero-masa salía de la fábrica para desplazarse al territorio, la fábrica difusa, y hacerse obrero social, el nuevo sujeto cuya “centralidad” nuestro autor empezó a proclamar. Técnicos, estudiantes, maestros, obreros, emigrantes y okupas terminaban así en el mismo costal, sin que mediara ningún análisis de sus diferencias, especificidades y contradicciones.

Puesto que se proponía voltear (en italiano: rovesciare) las categorías de Marx, Negri introducía la categoría de autovalorización (misma que, sin mayores explicaciones, reaparece un cuarto de siglo después en Imperio).<sup>27</sup> ¿De qué se trata? Mientras la valorización capitalista se centra en el valor de cambio, la auto-valorización –pivote de todo edificio teórico de Negri– se fundamentaría en el valor de uso, así como en las nuevas necesidades proletarias. Generalizando en el territorio –la fábrica difusa– las

prácticas de autovalorización, el obrero social tenía ahora que luchar por el “salario garantizado”.

El núcleo del conflicto (y del análisis) se desplazaba en ese momento hacia el Estado. Negri pensaba que el Estado keynesiano –que llamaba Estado-plan– había inscrito los logros de la Revolución de Octubre en el corazón del desarrollo capitalista, transformando el “poder obrero” en una “variable independiente”.

La lucha principal se jugaba entonces en el terreno de la autovalorización y puesto que ya no había reproducción del capital fuera del Estado, la “sociedad civil” dejaba de existir y sólo quedaban frente a frente los dos grandes contendientes: proletarios y Estado.<sup>28</sup>

A pesar de su aparente coherencia, este razonamiento se fundamentaba en una interpretación equivocada del concepto marxiano de valor. Para Negri, el valor de uso expresaba la radicalidad obrera, su potencialidad subjetiva, en cuanto antagonista del valor de cambio. Era, pues, el lado “bueno” de la relación. Desde el punto de vista de la crítica de la economía política, sin embargo, tal planteamiento carece de sentido.

Como lo explica Marx en el primer capítulo del tomo I de *El Capital*, el valor de uso no es, ni mucho menos, una categoría moral, sino la base material de la riqueza capitalista, la condición de su acumulación. Si en algún momento del proceso de circulación, los valores de uso no se convierten en valores de cambio, cesan de ser valores y en este sentido limitan y condicionan el proceso de valorización.

Una de las fuentes de Negri era Agnes Heller, la conocida integrante de la escuela de Budapest, quien había puesto al centro de su reflexión sobre Marx el concepto de necesidades radicales. Heller se cuidaba, sin embargo, de caer en la apología de las necesidades inmediatas.

La necesidad económica [escribió] es una expresión de la extrañación capitalista en una sociedad en donde el fin de la producción no es la satisfacción de las necesidades, sino la valorización del capital, en donde el sistema de las necesidades se sostiene en la división del trabajo y en la demanda del mercado.<sup>29</sup>

Negri cayó en tal apología, apartándose así del marxismo crítico y olvi-

dando que un mundo enajenado no se puede combatir de manera enajenada. La autonomía, además, no puede expresarse en la situación inmediata de la clase. En tiempos del capital, la autonomía es proyecto, tendencia o, mejor dicho, tensión. Sólo en los momentos de ruptura, en los espacios descolonizados, la autonomía se constituye en realidad práctica. Y cuando esta realidad práctica se socializa llegan los grandes momentos como el 68 en Francia o el 77 en Italia.

Contrariamente a lo que piensa Negri, el comunismo no es el “elemento dinámico constitutivo del capitalismo”,<sup>30</sup> sino otra sociedad sin antagonismos de clase, sin poder del Estado y sin fetichismo mercantil.

¿Y el partido? “En mi conciencia y en mi práctica revolucionaria no puedo cancelar este problema”, escribía quien se consideraba a sí mismo el Lenin italiano y añadía: “es urgente empezar la discusión sobre la dictadura comunista”.<sup>31</sup>

El partido, en efecto, seguía como tarea pendiente, aunque su embrión ya existía, y era la Autonomía Organizada (con mayúsculas, para distinguirse de la autonomía con minúsculas) el conjunto de organizaciones semiclandestinas y servicios de orden militarizados que, empujados por la represión estatal, practicaba la lucha armada con el intento de “filtrar” y “recomponer” el antagonismo de masas en la espera de la lucha final.<sup>32</sup>

El desastre fue mayor. El sueño de tomar el poder se estrelló pronto contra los arrecifes de la realidad. A partir de 1977, última grande estación creativa del “laboratorio Italia”, el PC hizo un frente unido con la gobernante Democracia Cristiana. La represión entró en nueva fase, arrasando con todo lo que se movía más allá de la izquierda parlamentaria, y cancelando la diferencia entre terrorismo y protestas sociales.

Cada quien por su lado, y a menudo en competencia recíproca, la Autonomía Organizada (o, mejor dicho, algunas de sus organizaciones<sup>33</sup>) y las neostalinistas Brigadas Rojas persiguieron el absurdo asalto al “corazón del Estado” (¡como si el Estado tuviese corazón!) arrastrando en su ruina al rico y complejo tejido de la autonomía con “a” minúscula.

Todavía en 1978, en ocasión de la ejecución de Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas –uno de los errores más nefastos y grávidos de consecuencias negativas jamás cometido por un grupo revolucionario– Negri,

aun manifestando su desacuerdo, escribía que lo positivo de la acción era haber impuesto al movimiento la “cuestión del partido”.<sup>34</sup>

El 7 de abril de 1979 la alucinación concluyó, de manera trágica, cuando Negri y decenas de militantes de Autonomía fueron encarcelados bajo la falsa acusación de ser los ideólogos de las Brigadas Rojas. Pasarían entre dos y siete años tras las rejas, designados por la mezquindad del poder como víctimas sacrificables ante el altar de la paz social.<sup>35</sup>

En 1980, con el último intento de ocupación de la fábrica Mirafiori se cerraba simbólicamente una larga temporada de conflictos sociales en donde –caso único en la historia europea– luchas obreras, movimientos estudiantiles y reinención de la vida habían marchado juntos en un formidable intento de liberación colectiva.<sup>36</sup>

#### LAS HAZAÑAS DE LA MULTITUD

En las dos décadas sucesivas Negri no abandonó la costumbre de leer los movimientos sociales como comprobación de sus tesis, escribiendo numerosos y crípticos libros, sin jamás ventilar la menor autocrítica.

De Foucault, Deleuze y Guattari, nuestro autor heredó una marcada aversión por la dialéctica.<sup>37</sup> Ya en el estudio sobre los Grundrisse –fruto de un seminario en París– había escrito que “el horizonte metódico marxiano nunca se centra en el concepto de totalidad”; más bien “éste se encuentra caracterizado por la discontinuidad materialista de los procesos reales”, de tal manera que el materialismo subordina a sí mismo a la dialéctica.<sup>38</sup>

Negri entiende la sociedad capitalista como un campo de fuerzas en lucha constante. A diferencia de los posestructuralistas franceses, sin embargo, él piensa que el motor de los procesos sociales es la separación o, mejor dicho, el antagonismo social.

A la investigación corresponde la tarea de identificar el antagonismo determinante, escudriñar sus tendencias, y llevarlo a la explosión. Acto seguido, el análisis se desplaza hacia un nuevo campo, lo redefine, y así sucesivamente.<sup>39</sup> El capital ya no es entendido como contradicción en proceso (Marx) sino como la progresiva afirmación de un sujeto conocido de antemano.

En Spinoza, la anomalía salvaje, escrito en la cárcel, Negri fue aclarando su proyecto: seguir la constitución material de la subjetividad radical en Occidente, excavando una ruptura entre las filosofías del poder y las de la subversión. En torno a Spinoza veía condensarse una tradición “anómala” que, afirmando la productividad del sujeto, se extiende de Maquiavelo a Marx contra el eje “dialéctico” encarnado en la triada Hobbes-Rousseau-Hegel.<sup>40</sup> Negri encontraba en Spinoza una crítica anticipada de la dialéctica hegeliana así como el nacimiento del materialismo revolucionario.

De tal manera que al engendro stalinista del diamat, Negri opone un nuevo horizonte ontológico que se sustenta en la categoría spinoziana de potencia. Este planteamiento ignora las críticas al marxismo soviético hechas cinco décadas antes por los comunistas de izquierda, a saber, que el materialismo marxiano no es una filosofía ni una economía, sino la teoría revolucionaria del proletariado en lucha.

El movimiento dialéctico, para los radicales de izquierda, nunca expresó una ley de la historia universal, ni mucho menos una ciencia, sino “la lógica específica de un objeto específico”, el capitalismo, un sistema social opaco que se sostiene en el “fetichismo”.<sup>41</sup>

Es en el libro sobre Spinoza donde aparece, por primera vez, el concepto de multitud, o sea, el nuevo sujeto global que, poco a poco, irá suplantando al obrero social hasta transformarse, casi dos décadas después, en el héroe indiscutible de Imperio.<sup>42</sup>

¿De dónde viene esta aclamada multitud? En los albores de la modernidad, Hobbes y los filósofos de la soberanía así nombraron al conjunto humano antes de ser pueblo. La multitud, sin embargo, era para ellos algo puramente negativo que remitía a un conjunto humano indiferenciado y salvaje, todavía no organizado en el Estado. Negri volteó el concepto, tomándolo como el sujeto antagonista del imperio.

La multitud contemporánea sería la forma de la existencia social y política de los “muchos”, el “conjunto abierto”, que se erige como alternativa a la constelación pueblo-voluntad general-Estado. Mientras el pueblo tiende a la identidad y a la homogeneidad –explica Negri– la multitud remitiría a éste más allá de la nación que, frente a la crisis del Estado, sería el sujeto plural de un nuevo poder constituyente abierto,

incluyente y posmoderno.<sup>43</sup>

Aquí se impone una pregunta: ¿cómo plantea nuestro autor el salto del siglo XVII a nuestros días? Y, más concretamente: ¿cómo se da el paso del obrero social a la multitud? Sencillamente, no considera el problema.

Lo que sí intenta es darle cuerpo y espesor sociológico a su nueva creación, valiéndose de Marx, por un lado, y de la abundante literatura que acompaña a la revolución informática, por el otro.

Con la crisis del fordismo, argumenta Negri, la clase obrera industrial pierde su posición central en la sociedad. Una parte consistente de la fuerza de trabajo se desempeña ahora en el trabajo inmaterial, o sea, en el conjunto de actividades consagradas a la manipulación de signos, saber técnico-científico, mensajes y flujos de comunicación. Poco a poco –sigue Negri–, el elemento de saber humano acumulado tiende a volverse preponderante.

No tengo mucho que objetar a estas afirmaciones que se fundamentan en el famoso fragmento sobre las máquinas que se encuentra en los *Grundrisse*. Ahí Marx señala que, con el desarrollo de la gran industria, la creación de riqueza “ya no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología o de la aplicación de la ciencia a la producción”.<sup>44</sup> Y añade:

[...] tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por lo tanto el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso. El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo.<sup>45</sup>

Es necesario precisar que estas palabras de Marx, evocadas muchas veces, son oscuras y, al mismo tiempo, visionarias. Oscuras porque no está muy claro el significado de la afirmación: “se desploma la producción fun-

dada en el valor de cambio”. ¿Acaso quiere decir que el capitalismo se acaba, rebasado por su propio desarrollo? ¿O que se resuelve al fin el antagonismo obreros-capital? No lo creo, pero el problema queda abierto. Y, también, estas son palabras visionarias porque nos otorgan estimulantes claves para leer el tiempo presente y, en particular, el sentido de la revolución informática.

Sigue Marx: los productos de la industria se vuelven ahora

[...] órganos del cerebro humano creados por la mano humana: fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital fixe revela hasta qué punto el conocimiento o knowledge social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata y, por lo tanto, hasta qué punto las contradicciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general intellect y (han sido) remodeladas conforme al mismo.<sup>46</sup>

Lo que yo entiendo aquí es que las contradicciones de la producción fabril se extienden a la esfera del trabajo “inmaterial”. Negri tiene razón al afirmar que, en tal situación, el problema del sujeto revolucionario se plantea de manera diferente. En mi opinión, agotándose la centralidad de la fábrica, se multiplican los posibles sujetos antagonistas, a la vez que cae cualquier noción de “necesidad”. ¿Por qué entonces proponer una categoría única, la multitud, que forzosamente cancela toda diferencia?

Hay más. Interpretando de manera unilateral las afirmaciones de Marx, Negri parece sostener que el capitalismo ya se extinguió en cuanto modo de producción y que sobrevive sólo como mero dominio o “dispositivo de control”.<sup>47</sup> No satisfecho, le guiña el ojo a todas las utopías tecnológicas, desde el “fin del trabajo” hasta los mitos de la sociedad posindustrial y las antropologías del ciberespacio.

El círculo se cierra: el obrerismo de Negri desemboca en una apología de las fuerzas productivas muy parecida a la que, tan atinadamente, había rechazado Panzieri casi cuarenta años antes. Y, exactamente como en Tronti, se esfuma toda noción de una autonomía concreta fundada en la acción independiente de los sujetos sociales en lucha. De tal manera que los dos contrincantes de hace treinta años se vuelven a estrechar la mano.<sup>48</sup>

Suscita hilaridad que, al final del libro, Negri y Hardt evoquen a San Francisco como la figura paradigmática del nuevo militante.<sup>49</sup> Militante: alguien que profesa la milicia, según el diccionario de la Real Academia. En los actuales movimientos sociales, se prefiere la palabra activista, que es menos truculenta y remite a la acción directa. Las festivas acciones de los jóvenes (y, también, no tan jóvenes) que desde los días de Seattle le quitan el sueño a los poderosos de la tierra, poco tienen que ver con la “militancia”.<sup>50</sup> Las sostiene, al contrario, una voluntad lúdica de “invertir la perspectiva”, de acabar con la política tradicional, y de crear nuevas formas comunitarias.

Hoy los movimientos sociales son plurales por definición. Es urgente volver a hacer este mundo que no nos pertenece. Cada sujeto, cada movimiento, cada comunidad en lucha busca el encuentro con el otro exigiendo, asimismo, conservar una perspectiva e identidad propia. Y esto me parece un gran paso adelante.

Negri critica, creo que con razón, el concepto de pueblo. Es cierto que necesitamos conceptos nuevos para valorar las diferencias. Sin embargo: ¿por qué aplastar estas mismas diferencias anulándolas en una abstracción filosófica vieja de tres siglos?

Como su antecesor, el obrero social, la multitud es un forzamiento. Al final del recorrido, Negri vuelve al pecado original del obrerismo italiano: la búsqueda siempre renovada de alguna “centralidad”, el fetiche del trabajo productivo, y la incapacidad de salir del horizonte de la fábrica. El resultado es un sujeto sin historia, y una forma sin contenido, última adaptación de la vieja torsión por la cual la clase obrera nunca deja de acosar al capitalismo.

EPÍLOGO. ¿FIN DEL ESTADO-NACIÓN?

Así como el Espíritu del Mundo se manifiesta progresivamente en la historia brincando de un lado a otro del mundo, la epifanía imperial se encarna en etapas y figuras sobresalientes que en cada momento le otorgan caracteres distintivos. La epopeya arranca en la bodega de Spinoza, y la Constitución norteamericana es uno de sus momentos fundamentales ya que,

según los autores, se sustenta “en el éxodo y en valores afirmativos no dialécticos (como) el pluralismo y la libertad”.<sup>51</sup>

Sin embargo, uno de los mejores analistas de Estados Unidos, Noam Chomsky, nos ha enseñado que “la Constitución de este país no es más que una criatura concebida para mantener a la chusma a raya y para evitar que ni siquiera por error el populacho pudiera tener la mala idea de tomar el destino en sus propias manos”.<sup>52</sup>

Otra de las fantasías neoliberales, avaladas por los autores de Imperio, es que el Estado-nación está en proceso de extinción. No deja de ser irónico que Negri –un admirador de Lenin y, además, un viejo estratega de la conquista del poder estatal– salga ahora con tal disparate.

Entre las pocas propuestas prácticas de Imperio, están las dos campañas por el salario social (refrito del viejo “salario garantizado” de Potere Operaio), y la ciudadanía global, es decir, ingresos y papeles garantizados para todo el mundo independientemente de la nacionalidad, clase y condición social de cada quien. Sin entrar ahora en la discusión sobre el sentido político y la oportunidad de tales reivindicaciones, señalo una paradoja: si el Estado-nación ya no existe, ¿a quién se dirigen Negri y Hardt? ¿A la ONU?

En realidad, el proceso de evolución del Estado-nación es sumamente contradictorio. Por un lado, la ola privatizadora ha erosionado sus prerrogativas distribuidoras (y su credibilidad), destruyendo las esferas públicas a favor de los sectores privados; por el otro, al elevar la conflictividad, ha aumentado enormemente sus funciones represivas.

De tal manera que, lo que tenemos hoy no son los Estados adelgazados de los que hablan los neoliberales avalados por Negri, sino una suerte de keynesianismo de guerra que devora recursos públicos quitando ingresos a los pobres para entregarlos a los ricos, en una escala antes desconocida.

La conclusión es que, tanto en la economía como en la política, la función del Estado-nación sigue siendo imprescindible para el capitalismo; éste no podría sobrevivir ni una semana si aquel dejara de proporcionar no solamente garantías políticas y militares, sino también cuantiosos recursos económicos.

El caso de Estados Unidos es significativo: baste con pensar en los astronómicos subsidios agrícolas o en las medidas de apoyo al sector del

transporte aéreo después del 11 de septiembre. La práctica de los subsidios agrícolas, dicho sea de paso, ha sido condenada incluso por la OMC como ilegal, sin lograr que los dirigentes norteamericanos ¡siquiera se ruboricen! Huelga decir que el apetito por esta clase de subvenciones no da señales de disminuir.

¿Y qué decir del imperialismo? El punto de partida debería ser reconocer que todos los Estados son potencialmente imperialistas, aunque la dinámica entre ellos cambie en continuación. Acto seguido es necesario admitir que hoy ningún Estado se encuentra en la condición de competir con Estados Unidos militar, económica, política o culturalmente. Esto hace que venga a menos una de las principales características del imperialismo clásico, tal como lo analizaba, por ejemplo, Rosa Luxemburg, es decir, la existencia de cierto nivel de competencia por la conquista de mercados, territorios o materias primas. Después de la caída del bloque soviético, ningún Estado, o región geopolítica, ha podido contrarrestar el poder de los Estados Unidos.

¿Cómo vamos a designar esta nueva realidad? ¿Imperio? ¿Imperialismo? El nombre no tiene mucha importancia, siempre y cuando esté claro que un solo país –Estados Unidos– está imponiendo un sistema planetario de Estados vasallos organizados en soberanías limitadas que, irónicamente, se parece mucho al que durante décadas impuso la Unión Soviética a sus satélites.<sup>53</sup>

El sistema exige a los Estados que sean débiles hacia el exterior, es decir, maleables y sensibles a las necesidades de Estados Unidos; pero fuertes hacia el interior, o sea, represores y capaces de imponer estas mismas necesidades a sus subordinados. Negri tiene algo de razón cuando critica a los defensores de la soberanía, pero únicamente en el sentido de que la soberanía no es, ni puede ser, un valor en sí mismo. Es, como lo señala Chomsky, un valor únicamente en la medida en que aumenta la libertad y los derechos de los seres humanos.<sup>54</sup>

Y esto es, exactamente, lo que hace el nuevo orden: acabar por doquier con los derechos adquiridos en décadas de luchas sociales. El intento, obviamente, no deja de generar fricciones y malestares, en particular –aunque no exclusivamente– entre las “clases peligrosas” de un mundo

cada vez más acosado por la pobreza, la inseguridad y los problemas ambientales.

Las rupturas, cuando las hay, surgen de los movimientos sociales, como un ya basta generalizado, y no por efecto de los partidos políticos que, salvo contadas excepciones, aceptan el orden establecido aunque sean de izquierda.

De cualquier manera, estamos lejos del imperio descentrado y desterritorializante que describen nuestros autores. Los eventos del 11 de septiembre y ahora la aventura colonial en Irak prueban, una vez más, el fracaso de su modelo teórico: la reacción norteamericana es la de un estado imperialista que pretende ajustar el planeta a sus intereses.

Negri, en efecto, se sintió incómodo. Primero interpretó la caída de las torres gemelas como un asunto interno al imperio, algo “que le pertenece”, y después rectificó, sosteniendo que estamos frente a una reacción imperialista contra el imperio.<sup>55</sup>

Proclamar el fin del Estado no nos ayuda en nada. Es una mala teoría porque no sirve para la acción. Parece una banalidad, pero es necesario reiterarla cuando nos enteramos que los compañeros de la revista *Rebelión* se sienten parte de “una izquierda que no está dispuesta a seguir perdiendo el tiempo en la disputa de un poder nacional que no existe más” (subrayado mío).<sup>56</sup>

¡Qué va! Una cosa es decir, como John Holloway –y antes de él los zapatistas, y mucho antes los libertarios de todas las tendencias–, que el mundo no se puede cambiar “tomando” el poder estatal, y otra, muy distinta, es declarar que el poder nacional ya no existe.<sup>57</sup> ¿Quién manda los tanques a Chiapas? ¿Quién arma a los paramilitares? ¿Quién está detrás del Plan Puebla Panamá? ¿El dichoso aparato descentrado y desterritorializante?

¡Noo! Un poder nacional que tiene nombre y apellido: el Estado mexicano.

Los Estados-nación siguen ahí; son nuestros enemigos y también son nuestros interlocutores. No podemos bajar la guardia: tenemos que presionarlos, hostigarlos, acosarlos. En ocasiones habremos de negociar y lo haremos con autonomía. Los zapatistas han demostrado que esto se puede hacer. Y si bien los resultados no son satisfactorios, ellos, a diferencia

de otros, han conservado la dignidad.

Nuestro camino, el camino de los movimientos por la humanidad y contra el neoliberalismo, no es fácil. Tal y como lo advierte Michael Albert, animador del sitio Znet, además de radicalidad teórica y práctica, necesitamos ductilidad, paciencia y cierta dosis de pragmatismo.<sup>58</sup>

¿Hay que repetirlo una vez más? El capitalismo y el Estado-nación, los dos monstruos creados por Occidente, llegaron juntos y no pueden más que desaparecer juntos. Y, si no sabemos enterrarlos en un mar de risas, se quedarán con nosotros un rato más, como el dinosaurio de Tito Monterroso.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Michael Hardt/Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2000. Traducción italiana, *Impero. Il nuovo ordine della globalizzazione*, Rizzoli, Milán, 2002. Las traducciones son mías (entre paréntesis anoto la página de la edición en inglés que se puede consultar en internet).

<sup>2</sup> Manuel Castells, *The Rise of the Network Society*, tres tomos, Cambridge, Mass., 1996

<sup>3</sup> *Impero*, op. cit., p. 16 (p. 14).

<sup>4</sup> Atilio A. Boron, *Imperio. Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, CLACSO, mayo de 2002.

<sup>5</sup> Esta breve reconstrucción se fundamenta en: Nanni Balestrini, Primo Moroni, *L'Orda d'Oro. 1968-1977. La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale*, Feltrinelli, Milán, 1997; Oreste Scalzone-Paolo Persichetti, *La révolution et l'Etat, Insurrections et "contre-insurrection" dans l'Italie de l'après 68: la démocratie pénale, l'Etat d'urgence*, Dagorno, Paris, 2000; AAVV *Futuro Anteriore. Dai Quaderni Rossi ai movimenti globali: ricchezze e limiti dell'operaismo italiano*, Derive/Approdi, Roma, 2002. Consulté, asimismo, el sitio <http://www.intermarx.com> (y en particular los excelentes escritos de María Turchetto y Damiano Palano), las revistas *Vis-à-Vis*, y *Primo Maggio*, así como un viejo escrito mío, *Al tramonto. Operaismo italiano e dintorni*, publicado anónimo en: "Proletari se voi sapeste", suplemento de la revista *Insurrezione* (Renato Varani editore, Milán, 1982).

<sup>6</sup> Franco Alasia, Danilo Montaldi, Milano, Corea, Feltrinelli, Milán, 1978, p. 184.

<sup>7</sup> Véase: R. Panzieri, *Spontaneità e Organizzazione. Gli anni dei Quaderni Rossi. Scritti Scelti*, Biblioteca Franco Serantini, Pisa, 1994.

<sup>8</sup> Carlos Marx, *El Capital*, Editorial Librerías Allende, 1977, pp.328-330.

<sup>9</sup> Véase: Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-58, Siglo XXI*, México, 1971, tomo II, pp 225-230; y Karl Marx, *El Capital. Libro I, Capítulo VI (inédito), Siglo XXI*, México, 1975.

<sup>10</sup> R. Panzieri, "Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo" y "Plusvalore e pianificazione. Appunti di lettura del Capitale", en: *Spontaneità...*, op. cit.

<sup>11</sup> Sergio Bologna, "Il rapporto fabbrica-società come categoria storica". Véase: *Primo Maggio*, núm. 2, Milán, 1974. Mirafiori es el nombre de la principal fábrica de FIAT en Turín.

<sup>12</sup> R. Alquati, *Composizione organica del capitale e forza-lavoro alla Olivetti*, *Quaderni Rossi*, op. cit., núm. 2, 1962, pp. 63-98. En 1975, este autor publicó una recopilación de sus escritos en: *Sulla FIAT e altri scritti*, Milán, Feltrinelli.

<sup>13</sup> Danilo Montaldi, "Il significato dei fatti di luglio", *Quaderni di Unità Proletaria*, núm. 1, Cremona, 1960. Ahora en: Danilo Montaldi, *Bisogna sognare. Scritti 1952-1975*, Colibrí, Milán 1994, pp. 578-595.

<sup>14</sup> *Classe Operaia* núm. 1, enero de 1964. Después en: Mario Tronti, *Operai e Capitale*, Einaudi, Turín, 1966 (nueva edición, 1971), pp. 89-95. La obra es una colección de ensayos publicados anteriormente en *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia*.

<sup>15</sup> Tronti, op. cit., pp. 298-299.

<sup>16</sup> Tronti, op. cit., pp. 81 y 84.

<sup>17</sup> Tronti, op. cit., p. 53.

<sup>18</sup> Tronti, entrevista al diario *L'Unità*, Roma, 8 de diciembre de 2001. En otra entrevista, con fecha 8 de agosto de 2000, Tronti precisó: "fuimos víctimas de una ilusión óptica". Véase el cd-rom anexo a *Futuro Anteriore*, op. cit.

<sup>19</sup> Tronti, op. cit., p. 14.

<sup>20</sup> Véase, por ejemplo: R. Panzieri, "Plusvalore e capitale", op. cit., en donde el autor señala la unidad del capitalismo en cuanto función social.

<sup>21</sup> Marx, *El Capital*, op. cit., tomo I, p. 88.

<sup>22</sup> *Impero*, op. cit. p. 200 (p. 208 edición en inglés) y 223 (235).

<sup>23</sup> Tronti, entrevista citada, 8 de agosto de 2000.

<sup>24</sup> Mario Tronti, *Sull'autonomia del politico*, Feltrinelli, Milán, 1977, pp. 7, 19 y 20.

<sup>25</sup> Véase: Antonio Negri, *Du Retour. Abécédaire biopolitique.*, Calmann-Levy, Paris, 2002. También se puede consultar la entrevista con fecha 13 de julio de 2000 en el cd-rom anexo a *Futuro anteriore*, op. cit.

<sup>26</sup> Antonio Negri, *Crisi dello stato-piano, comunismo e organizzazione rivoluzionaria*, Feltrinelli, 1972, p. 181. Este "neoleninismo insurreccional" encontrará una sistematización en: A. Negri, *La fabbrica della strategia. 33 lezioni su Lenin*, Libri Rossi, Padova, 1977.

<sup>27</sup> Negri desarrolló el tema de la autovalorización en: *Il dominio e il sabotaggio. Sul metodo marxista della trasformazione sociale*. Feltrinelli, 1978. Véase también *Empire*, op. cit., p. 359.

<sup>28</sup> Antonio Negri, *Proletari e Stato. Per una discussione su autonomia operaia e compromesso storico*, Feltrinelli, Milán, 1976, p. 30. La cuestión de la disolución de la sociedad civil en el Estado vuelve en *Impero*, op. cit., pp. 40, 306-7, 313 (25, 328-29, 336).

<sup>29</sup> Agnes Heller, *La teoria dei bisogni in Marx*, Feltrinelli, Milán, 1977, p. 26.

<sup>30</sup> A. Negri, *Marx oltre Marx. Quaderno di lavoro sui Grundrisse*, Feltrinelli, 1979, p. 194.

<sup>31</sup> A. Negri, *Il dominio...* op. cit., pp. 61 y 70.

<sup>32</sup> En los años setenta hubo en Italia decenas, y posiblemente centenares, de grupos que practicaban la lucha armada.

<sup>33</sup> Al contrario a lo que leo en *Memoria* núm. 167 (enero de 2003, p. 5), nunca existió en Italia un grupo llamado "Autonomía Obrera". Negri dirigía una entre las muchas organizaciones que integraban el área de la autonomía obrera.

<sup>34</sup> Rosso, mayo de 1978. La revista se editaba en Milán y era el órgano del *Gruppo Gramsci*, organización dirigida por Negri.

<sup>35</sup> Tras dos años de cárcel, Negri salió libre gracias a su elección como diputado en las listas del Partido Radical. En 1983, se marchó al exilio en Francia.

<sup>36</sup> En los años ochenta y noventa la hipótesis de un obrerismo libertario se mantuvo viva en la reflexión de algunos colectivos, como *Primo Maggio*, *Collegamenti-Wobbly* y *Vis-à-Vis*.

<sup>37</sup> *Imperio*, op. cit., pp. 131 y 139.

<sup>38</sup> A. Negri, *Marx oltre Marx*, op. cit., p. 55.

<sup>39</sup> A. Negri, *Marx oltre Marx*, op. cit., pp. 24-25.

<sup>40</sup> A. Negri, Spinoza, *Derive Approdi*, 1998, p. 394.

<sup>41</sup> Véase por ejemplo: Karl Korsch, Karl Marx, Laterza, 1970, p. 101.

<sup>42</sup> Spinoza, *op. cit.*, p. 35.

<sup>43</sup> Impero, *op. cit.*, p. 107.

<sup>44</sup> K. Marx, *Grundrisse*, *op. cit.*, tomo II, p. 228.

<sup>45</sup> *Grundrisse*, *op. cit.*, pp. 228-29.

<sup>46</sup> *Grundrisse*, *op. cit.*, p. 230.

<sup>47</sup> Maria Turchetto, "Dall'operaio massa all'imprenditorialità comune". La sconcertante parabola dell'operaismo italiano" en el citado sito <http://www.intermarx.com>

<sup>48</sup> En *Il lavoro di Dioniso*, *op. cit.*, pp. 29-30, Negri confiesa aceptar las teorías de Mario Tronti sobre la autonomía de lo político. En Imperio, en cambio, nos informa que "la autonomía de lo político llegó a su fin". Véase: Impero, *op. cit.*, p. 288 (pc. 307).

<sup>49</sup> Impero, *op. cit.*, p. 381-82 (413).

<sup>50</sup> Las primeras críticas a la figura del militante se remontan a 1966 y se deben a la Internacional situacionista. Véase: *De la misère en milieu étudiant*, traducido a unos veinte idiomas.

<sup>51</sup> Impero, *op. cit.*, p. 353 (380).

<sup>52</sup> Citado en: Boron, *op. cit.*, p. 110. El lector interesado en profundizar sobre el tema puede consultar los primeros capítulos de: Howard Zinn, *A people's history of the United States. 1492 – Present*, Harper Collins Publishers, New York, 1999.

<sup>53</sup> Tito Pulsinelli, "Sobre el señor y los vasallos. Estados Unidos en el atardecer del neoliberalismo", en: <http://www.lafogata.org/02inter/8internacional/sobre.htm>

<sup>54</sup> Véase: Noam Chomsky, "Socioeconomic Sovereignty", conferencia dictada en Albuquerque, el 26 de febrero del año 2000 (incluida en *Rogue States*, Pluto Press, Londres, 2000). De paso, señalo que este apretado texto de unas 20 cuartillas dice sobre el imperio más que Negri y Hardt en su voluminoso libro.

<sup>55</sup> *Du reotur*, *op. cit.*, pp. 185 y 209; entrevista a *I1 Manifesto*, 14 de septiembre de 2002.

<sup>56</sup> *Rebeldía*, editorial del núm. 1, México, D. F., noviembre de 2002.

<sup>57</sup> John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Universidad Autónoma de Puebla, 2002. De manera tramposa, muchos comentaristas han querido colo-

ANTONIO NEGRI, *IMPERIO...*

car a Holloway y Negri en el mismo costal.

<sup>58</sup> Benedetto Vecchi, "Democrazia in Movimento", *Il Manifesto*, 18 de enero de 2003.